

Niebla de junio. *Juan Valenti*

A ambos lados de la carretera solo hay llanura. Se extiende tanto, sin interrupciones, que ni el viento se atreve a empujar la neblina que la habita a estas horas de la tarde. Como no hay cerros que dicten el fin de la mirada, tampoco hay conversación posible entre la neblina, la brisa o el viento, así que la primera se queda suspendida quitándole el borde a todo, provocando una pastosidad en el horizonte, como si el tiempo se derritiera entre los campos. El cielo ya no es del todo cielo. El suelo ya no es firme. Todo se vuelve una mezcla y en ese barro de la percepción caminan dos figuras. En paralelo pero no juntas, cada una en su espacio.

Él va adelante, un poco encorvado hacia sí mismo. Hay algo en su andar que no busca llegar, sino entender. Con cada paso, parece que una pieza del mundo encaja en su mente. Y mientras él piensa, el sol se inclina hacia el oeste y la neblina se tiñe de naranja.

[...]

Y entonces cae la noche. Sin drama. Como si el mundo decidiera, simplemente, descansar de ser visible.

Ella camina también, aunque con un andar leve, interrumpido. Pareciera que cada paso necesitara ser confirmado antes de darlo. Sus pensamientos no se ordenan; rebotan. En la distancia una luz titilante hace sentir cerca una casa. Como una palabra repetida en un sueño que no dice mucho, pero llama. Más acá, un río. Calmo.

Ella pareciera mirar todo sin saber bien qué mirar para detenerse. Como si el mundo fuera demasiado grande para elegir un punto. Como si esa casa, esa luz, ese río... fueran demasiado para una sola noche.

Y así continuaban esas dos figuras. En paralelo pero no juntas. Cada una en su espacio.

Las obras que integran esta exposición, más allá de cualquier género, configuran una suerte de narración fílmica hecha de paisajes emocionales. El canon pictórico cree conocer bien esos paisajes sin embargo suele hacerlo desde una distancia segura, desde la lógica de lo representable. Las emociones, en esa tradición, han sido codificadas en gestos, colores y composiciones obedientes a convenciones más que a vivencias... El desborde, el desborde no puede ser.

En cambio, en las pinturas de Juan, los trazos son llamas. Las figuras habitan entornos ambiguos, a menudo interiores, pero difíciles de descifrar. El trazo funciona como un murmullo constante, como el zumbido de un ventilador que no se detiene, arrastrando imágenes, deseos, fragmentos de memoria. Algunas escenas nos colocan dentro de la cabeza de un personaje, como si asistiéramos a su paisaje mental. Afuera, la noche. Adentro, otra noche más densa: la del cuerpo.

Una silla con cinco patas —demasiado estable para ser verdadera, demasiado incómoda para ser simbólica— aparece en una de las obras. Evoca una escena: una joven se mira en un espejo. No se contempla, se interroga. Una versión desplazada del mito de Narciso, donde el reflejo no enamora, sino que sospecha.

En estas pinturas, el tiempo no es tiempo. Es espera. Es posibilidad. El pensamiento ya no es ráfaga: es pulso. Y en ese pulso algo empieza a calmarse. La imagen no avanza, se sostiene. No concluye, persiste. Las escenas parecen suspendidas en un presente extendido, como si lo narrativo hubiera sido retirado a propósito para que aflore otra cosa: la experiencia de estar. No se trata de representar el tiempo como duración, sino de condensarlo como tensión, como atmósfera que envuelve.

Hay lugares que no se atraviesan... se ceden. Y este es uno de ellos.

El follaje aprieta en insistencia. Como si la vegetación necesitara cerciorarse de que quien entra... lo hace sabiendo que no saldrá igual.

La persona —apenas visible entre los matorrales— se detiene. No por cansancio, por pensamiento. Pero el pensamiento no llega en líneas claras, es ráfaga. Cada idea es como una brisa: aparece, roza, y se va. Pero no se lleva nada, solo deja una agitación detrás.

[...]

La niebla aquí es otra cosa. No es manto, es densidad. Como si el aire tuviera memoria.

[...]

Y entonces, en medio de la espesura, la oigo. Ella. El sonido del río la ha llamado, sin palabras, sin razones. No corre, no camina: salta. Y en ese instante suspendido, algo ocurre. Ahí, en su estómago —no en su cabeza— habita el recuerdo o más bien una acumulación de momentos no digeridos: la ciudad no se fue, solo se hundió en ella; se alojó como una masa densa en la boca del estómago.

[...]

A veces una entra a estos lugares por error. O por necesidad. O porque el afuera ya no ofrece respuestas.

Lo que Juan propone en este cuerpo de obras es una fricción activa entre lo interior y lo exterior, entre la historia del arte y el pulso íntimo de la experiencia. Lejos de reproducir las categorías heredadas, sus pinturas las revuelven: las disuelven, las contaminan. A través de una gestualidad intensa, imágenes fugaces y atmósferas cargadas, la noción de paisaje se vuelve mental, emocional, psíquica. El espacio pictórico ya no representa un afuera ni narra un adentro, sino que se presenta como un lugar intermedio, inestable, donde la mente es un escenario, pero también un paisaje; el pensamiento, un clima y el cuerpo, un contenedor de atmósferas nocturnas.

Las referencias al canon —al paisaje romántico, al expresionismo, al surrealismo— están presentes, pero no como citas, sino como sedimentos que flotan en un lenguaje propio. Juan no pinta desde un “adentro” ni hacia un “afuera”, sino desde un entre —un territorio inexacto donde la pintura ya no representa ni abstrae, sino que actúa como un dispositivo emocional que pulsa, resuena y altera el espacio psíquico del espectador.

En un presente saturado de imágenes, la aparición de obras como las que presenta Juan señala, con sutileza pero sin rodeos, algo que muchas veces preferimos no mirar: ¿dónde está el espacio para estar con nosotrxs mismxs? ¿Dónde se aloja, en medio del vértigo cotidiano, lo verdaderamente tumultuoso de este tiempo? Habitamos una época que nos empuja —casi exclusivamente— hacia adelante, hacia adelante, hacia adelante... Y es precisamente ahí donde estas pinturas interrumpen la corriente: no desde el ruido, sino desde el placer, el erotismo, la conversación, la lentitud. Esa lentitud tan deseada, tan predicada, pero tan difícil de practicar.

Hay algo curioso en que Juan necesite producir este tipo de imágenes. Desde el contexto argentino, sus obras funcionan como un recordatorio sensible: estamos aquí, todavía, en medio de algo que nos cuesta nombrar, pero que la pintura — cuando insiste, cuando

Casi es de día. La neblina vuelve, ¿será que en algún momento se fue?

El chico orina con la lentitud del que no tiene apuro. El cuerpo lo hace solo, sin pedir permiso a la mente. Como si fuera la única parte de él que sabe qué hacer en este momento.

Está en alto. Pero no elevado. Como si esta habitación —si se le puede llamar así— hubiera sido construida para mirar hacia afuera, no para resguardar lo de adentro. Y sin embargo, él está aquí.

Tal vez no durmió. Tal vez soñó con estar despierto.

- Yina Jiménez Surriel

Constitución

Del Valle Iberlucea 1140, La Boca,
Buenos Aires. Junio de 2025.

Maquetación: Julieta Massacese

MERIDIANO

DESLUMBRANTE
VALLE DE PEDERNAL - SAN JUAN